

RUDOLF STEINER

ENCUENTROS CON LOS MAESTROS

DE LA ESCUELA LIBRE WALDORF DE STUTTGART

**encuentro del martes, 6 de febrero de 1923, a las 16 horas
registrado en el N° de la Obra Completa GA 300b**

Dr. Steiner: Hoy vamos a hablar de cuestiones relacionadas con la salud escolar, tal como convinimos con el Dr. Kolisko. No obstante, con este inicio no podré todavía ahondar en los pormenores de tratamiento de los alumnos, porque para ello es necesario anticipar algunos aspectos principales. Pero eso es lo único que podrá generar el fundamento de una posterior profundización que tendría que producirse, por decirlo así, tomando casos típicos que tal vez hagan que ustedes planteen preguntas concretas sobre las que les gustaría tratar.

Pero, antes de todo, quisiera llamarles la atención al hecho de que toda la pedagogía de nuestra Escuela Waldorf en realidad posee un carácter terapéutico. Todo el método de enseñanza y educación en sí mismo está orientado a ejercer un efecto sanador en el niño. Es decir, que cuando uno organiza el arte pedagógico de tal modo que se haga lo correcto en cada período de la evolución del niño, entonces en el arte de educar, en el tratamiento pedagógico de los niños hay algo generador de salud. Si, por ejemplo, se consigue que el niño antes del cambio de dientes se convierta en un ser que imita, si interviene la autoridad de la manera correcta y si se prepara la formación del juicio de la manera correspondiente, todo ello actuará ejerciendo un efecto sanador sobre el organismo infantil.

Pero lo que es imprescindible cuando orientamos nuestro comportamiento en la escuela para generar un determinado proceso sanador es que el maestro haya integrado en sí mismo la trimembración del organismo humano como si fuera carne y sangre. Que de una manera, digamos, instintiva el maestro tenga ante cada alumno el sentimiento de si en la actividad de ese niño predomina uno de los tres sistemas del organismo humano: el sistema neurosensorial, o el sistema rítmico, o el metabólico-motor. Y si estimulando uno de los otros sistemas habría que hacer algo para equilibrar el predominio nocivo de uno de ellos.

Por eso hoy examinemos una vez más a ese ser humano trimembrado, desde el punto de vista que importa especialmente al maestro y al educador. Tenemos el sistema neurosensorial. Lo captamos adecuadamente sólo cuando nos hacemos conscientes de que en el sistema neurosensorial rigen leyes que no son las leyes físico-químicas de la materialidad terrestre, y que mediante el sistema neurosensorial el ser humano se eleva por encima de las leyes de la materialidad terrestre. En realidad el sistema neurosensorio, en su formación, es totalmente resultado de la vida preterrenal. El ser humano posee el sistema neurosensorial que ha adquirido de acuerdo con su vida preterrenal, de modo que por el hecho de que todas las leyes materiales del sistema neurosensorial se hallen por encima de la materialidad terrestre, ese sistema neurosensorio es apropiado para desarrollar en pleno aislamiento toda actividad que se relacione con lo anímico-espiritual.

En el sistema metabólico-motor se produce exactamente lo contrario. De los tres sistemas orgánicos del ser humano, el sistema metabólico-motor es el que

más tiende a prolongar en su interior los procesos materiales exteriores, de manera que cuando se conocen los procesos que tienen lugar en la Tierra mediante la física y la química uno averigua qué procesos se prolongan en el interior del hombre en la medida en que posee un sistema metabólico-motor. Pero uno no averigua nada sobre las leyes que existen en su sistema neurosensorial.

El sistema rítmico se sitúa entre ambos y de algún modo equilibra de una manera natural los dos extremos.

Pero sucede que en cada ser humano, y en realidad en la mayoría de los niños, esos tres sistemas se hallan configurados de forma individual. Siempre predomina la actividad de uno de los sistemas sobre los otros dos, y para equilibrarlos hay que intervenir haciendo lo necesario. Para ello hace falta que uno logre prestar atención a cómo se manifiestan los niños, de modo que esa expresión se convierta de alguna manera en la manifestación de lo que hay que hacer con el niño para conseguir que llegue a ser armónicamente sano.

Y ahí lo importante es que para el desarrollo de lo saludable uno tenga claro que, por ejemplo, la mejor manera de actuar sobre el sistema neurosensorial, es saber aportar la cantidad adecuada de sal en las comidas de los niños. De modo que cuando uno nota que un niño con demasiada facilidad tiende a distraerse, a moverse fugazmente sobre lo que el maestro despliega ante el niño -también podríamos decir que el niño es demasiado sanguíneo o flemático-, entonces tendrá que conseguir de algún modo que el niño vea estimuladas sus fuerzas formativas, que le capacitan para prestar más atención al mundo exterior, y eso sucede aportando lo salino.

Cuando uno tiene en la escuela niños distraídos, volátiles, podrá investigar y descubrir que el organismo no está recibiendo sal de la manera adecuada.

Si el caso es especialmente evidente, con frecuencia no será suficiente aconsejar poner más sal en las comidas. Se notará, por ejemplo, que por ignorancia o por descuido, los padres ponen muy poca sal en las comidas; ahí habrá suficiente con los consejos. Pero también puede suceder que el organismo, como tal, no asimile la sal que se ingiere. En ese caso se puede ayudar a la ingestión adecuada de sal utilizando la correspondiente dosificación muy diluida de compuestos de plomo. Pues el plomo es lo que estimula al organismo humano a elaborar adecuadamente lo salino hasta un determinado límite. Si sobrepasa ese límite, ello provocará que el organismo, naturalmente, caiga enfermo. Lo importante es llevarlo hasta el límite adecuado, y uno ha de notar que un niño tiene los primeras huellas de una disposición a la raquitis cerebral. Y la tienen muchos niños. Uno se da cuenta entonces de que hay que dirigir todo el proceso curativo en la dirección que acabo de señalar.

Ahora bien, una de las grandes deficiencias en muchos sistemas educativos consiste en no prestar atención a estas cosas: que uno, por ejemplo, ya no mire el aspecto exterior del niño. Uno podrá ponerse frente a una escuela y podrá constatar que hay niños de cabeza grande y niños de cabeza pequeña. Por regla general, a los niños de cabeza grande hay que manejarlos de la forma que les describí. Pero a los de cabeza pequeña ya hay que tratarlos de otra manera, que ya les explicaré más adelante. En la formación física cefálica especialmente grande se muestra lo que acabo de señalar como defectos por volatilidad y por excesiva flema. Luego tenemos a los niños que tienen la disposición opuesta, cuyo sistema metabólico-motor no interviene con la intensidad suficiente en la actividad del ser humano integral. Podría decirse que esos niños logran realizar orgánicamente su proceso metabólico, pero no

extienden lo suficiente hacia su ser humano global aquello para lo que el metabolismo ha de servir en el organismo humano en su conjunto. Esos niños muestran ya la observación exterior que les gusta cavilar, pero que a su vez se irritan demasiado con las impresiones exteriores, que reaccionan con demasiada intensidad a esas impresiones externas. Esos niños mejorarán considerablemente en su sistema orgánico en general si nos preocupamos de que su organismo reciba de la manera correcta su cantidad de azúcar.

Les ruego que estudien el desarrollo de los niños en la dirección siguiente. Hay padres que sobrealimentan a sus hijos pequeños con todo tipo de caramelos y golosinas. Cuando llegan a la escuela, esos niños quieren ocuparse anímica y espiritualmente, y por tanto también corporalmente sólo de sí mismos; niños que se quedan encerrados en sus pensamientos si no sienten el suficiente dulzor en su organismo, que se ponen nerviosos o se irritan si ingieren muy poco azúcar. Y ahí hay que estar alerta, porque si esos niños reciben muy poco azúcar por un tiempo prolongado, el organismo se va disgregando paulatinamente. Se vuelve frágil, va perdiendo incluso la facultad de elaborar correctamente el azúcar que hay en los alimentos. Por tanto, hay que preocuparse de añadir adecuadamente azúcar a sus alimentos. Pero también puede suceder que el organismo en su conjunto se niegue a elaborar correctamente los elementos que contienen azúcar. Ahí hay que ayudar nuevamente al organismo suministrándole plata en pequeñas dosis.

Así pues, como ven, toda la vida anímico-espiritual del niño puede convertirse para el maestro y educador en una especie de sintomatología de la organización correcta o incorrecta del cuerpo. Si un niño muestra poca disposición al pensar analítico, diferenciador, si todo lo mezcla y confunde en su pensar, ni puede distinguir correctamente, es que su sistema neurosensorial tiene problemas. Por tanto en el esfuerzo que uno ha de ejercer para que el niño distinga las cosas puede ver ya un síntoma de que el sistema neurosensorial no está bien, y hay que actuar de la manera que acabo de describirles.

Si un niño tiene poca capacidad para el pensar sintético, para el pensar constructivo, si no puede hacerse una imagen de las cosas, si en el arte es un una especie de pequeño hombre primitivo, como sucede hoy con muchos niños, eso es un síntoma de que el sistema metabólico-motor no está bien, y que hay que ayudarlo en la otra dirección, en dirección del azúcar. Es de suma importancia que, desde el punto de vista higiénico-terapéutico, uno vea si al niño le falta el pensar diferenciador, analítico o le falta el pensar sintético-artístico.

Ahora bien, a ello hay que agregarle algo más. Supongamos que tenemos a un niño a quien le falta claramente ese pensar analítico, eso también puede ser una señal de que el niño separa demasiado su cuerpo astral y su yo del organismo neurosensorial, y entonces habría que procurar que, de una manera u otra, al niño se le enfriara la cabeza, por ejemplo, que a la mañana se lavara con agua fría.

En el caso opuesto, si el niño no es nada artístico, si le falta el elemento del pensar sintético, constructivo, que no se calienta con lo que uno quiere ofrecerle, es que el cuerpo astral no interviene adecuadamente en el organismo metabólico-motor, y entonces habrá que intentar ayudarlo procurando que el niño sienta el suficiente calor en los órganos abdominales en el momento adecuado.

No hay que infravalorar estas cosas, porque son de enorme importancia. Si un niño, por ejemplo, no tiene disposición alguna para pintar, o para la música, no consideremos una especie de desviación hacia el materialismo el aconsejar a los padres que dos o tres veces a la semana le pongan en la noche una compresa caliente en el vientre, para que pueda mantenerlo durante la noche.

Como verán, hoy se suelen menospreciar demasiado las medidas materiales, y se sobrevaloran las medidas abstractas, intelectuales. Pero esa opinión actual habría que corregirla teniendo en cuenta que los poderes divinos utilizan su espíritu para la Tierra para llegar a todo de manera material. Los poderes divino-espirituales hacen que en verano haya calor y frío en invierno; esos son efectos espirituales que logran los poderes divino-espirituales por medios materiales. Si por la educación humana, o por instrucción intelectual o moral, los dioses lograran lo que logran con el ser humano cuando éste se pone a sudar en verano y se congela en invierno, eso sería erróneo. Por tanto, no hemos de subestimar la intervención en los niños por medios materiales. Siempre hay que tener presentes esas cosas. Ahora bien, existe otro síntoma para el mismo desorden orgánico que el que se presenta en la carencia de pensar sintético, y es que los niños palidecen. Los niños se ponen pálidos en la escuela. Ese palidecer de los niños hay que tratarlo de manera similar a la situación que se produce cuando el cuerpo astral no quiere penetrar adecuadamente en el sistema metabólico-motor. Y con los mismos medios conseguiremos que la palidez vaya disminuyendo, porque al ponerle, por ejemplo, compresas calientes en el abdomen, el niño activará todo su sistema metabólico-motor, de modo que todo el metabolismo se despliegue de una manera más activa por todos los sistemas del organismo.

Si se despliega demasiado intensamente a través del sistema, de manera que por una simple nimiedad el niño que tenemos sentado ahí delante no sólo se ponga rojo hasta las orejas, sino que se moleste enormemente, eso habrá que tratarlo de la misma manera a como lo hacemos cuando el cuerpo astral y el yo no quieren penetrar adecuadamente en el sistema neurosensorial y entonces, como ya dijimos, conviene lavarle al niño la cabeza con agua fría por la mañana.

Para el maestro y educador es sumamente importante que en cierto sentido prevea el estado de salud del niño y pueda actuar preventivamente. Naturalmente eso es menos agradecido que la curación cuando ya ha aparecido el proceso patológico, pero la edad infantil es esencialmente más importante.

Ahora bien, naturalmente se trata de que bajo ciertas circunstancias puedan reconducirse las cosas en el organismo infantil sobre las que se ejerció un efecto sanador aplicando un proceso en una u otra dirección. Digamos que si han de tratar a un niño durante un tiempo con plomo, de la manera que describimos tendrán que volver a cicatrizar el proceso que se aplicó al organismo entero. Si por tanto han tratado a un niño con plomo durante un tiempo, y han logrado los efectos deseados, conviene entonces que lo traten por un breve período con compuestos de cobre, para que no quede ningún resto del proceso que se produjo gracias al plomo.

Si tuvieron necesidad de tratar al niño con plata durante un tiempo, después convendrá tratarlo con hierro, para que el proceso se cicatrice interiormente.

Y ahora quisiera decirles algo: Cuando uno nota que un niño, digamos, se pierde en su organismo, es decir, carece de la respectiva resistencia interior, digamos, por ejemplo, que el niño padece mucho de diarrea, o que el niño es

torpe en el movimiento de sus extremidades, se bambolea con los brazos o las piernas, cuando agarra los objetos, los deja caer, todos estos síntomas son el primer germen de procesos que en su vida posterior irritarán la salud con demasiada intensidad. Nunca habría que pasar por alto el que un niño tienda demasiado a la diarrea, o a orinar demasiado, o a agarrar torpemente los objetos de modo que acaba dejándolos caer, o que muestra faltas de habilidad al asir los objetos. Nunca habría que pasar por alto esas situaciones. El maestro debiera por ejemplo tener el ojo avizor para observar cómo el alumno agarra de manera hábil o torpe la tiza o el lápiz, cuando escribe en la pizarra - con ello actúa salutíferamente como médico. Menciono estas cosas porque no se alcanza mucho en estos asuntos con advertencias pasajeras. Ahí sólo puede actuar quien mantiene su actividad constante en una clase. En cambio, mediante remedios terapéuticos exteriores se puede lograr muchísimo. Denle al niño fósforo altamente diluido en un caso así, y verán que les será relativamente más fácil conseguir que el niño mejore en sus debilidades orgánicas que acabo de describirles. Así pues, fósforo, o si el asunto reside más en el interior, por ejemplo, cuando el niño despliega gases intestinales con demasiada facilidad, azufre. Si la cuestión se hace más visible en lo exterior, entonces lo fosfórico. Recomienden en un caso así a los padres que añadan en sus alimentos para el niño lo que subyace en el interior de las flores de color. Dicho de manera radical, supongamos que un niño se orina en la cama, entonces lograrán mucho con un tratamiento de fósforo, pero en la dieta también recomendarán que se añada un poco de pimienta o pimentón a los alimentos mientras sea necesario. Eso se ponderará según cómo el niño responda posteriormente.

Pero en estas cosas es realmente necesario que la junta de maestros actúe conjuntamente. Tenemos la suerte de contar con un miembro de la junta de maestros que es médico, el Dr Kolisko, y sin hablar con él no debieran aventurarse indicaciones concretas, porque hace falta un determinado conocimiento previo de los temas de química y fisiología para poder llegar a un juicio correcto al respecto. Pero cada maestro necesita desarrollar el ojo para estos asuntos.

Mas en una ocasión como ésta, mis queridos amigos, hay que mencionar una y otra vez que con la enseñanza misma hay que procurar que el sistema neurosensorial, por un lado, y el metabólico-motor, por el otro, se relacionen mutuamente de una manera correcta. Si no lo hacen, eso se mostrará en la irregularidad del sistema rítmico. Si uno detecta en el niño, aunque sea muy poco, alguna irregularidad en la respiración, o en la circulación, habría que examinarlo enseguida, porque ese sistema es el barómetro orgánico de la incorrecta interacción mutua entre el organismo cefálico y el metabólico-motor. Si observamos, pues, algo así, tendríamos que preguntarnos en primer lugar qué es lo que no funciona ahí en la interacción mutua entre ambos sistemas; pero en segundo lugar -y hoy no voy a entrar en cosas concretas sobre la salud en el aula, de eso hablaremos la próxima vez; hoy me limitaré a lo principal- habría que hacerse bien claro que en la clase conviene alternar de la manera correspondiente entre un elemento que lleve al niño hacia su periferia corporal, y otro elemento que lo lleve a penetrar dentro de sí mismo.

Un maestro que ha de impartir una clase de dos horas, sin que en esas dos horas de algún modo no lleve al niño a reír, es un mal maestro, porque nunca predispone a los niños a salirse hacia la periferia de su cuerpo. Un maestro que, aunque sea ligeramente, no lleve a sus niños a conmoverse con algo que

les hace entrar en sí mismos, es también un mal maestro; pues, dicho de una manera extrema, debe haber una alternancia entre el estado anímico humorístico que haga reír a los niños, aunque no hace falta que rían, pero que al menos se diviertan interiormente; y el estado anímico trágico, conmovido, que les haga llorar, aunque no es que haga falta que viertan lágrimas exteriormente, sino que se sientan interiorizados. Eso es lo que hace falta para llevar estados de ánimo a la enseñanza. Esa posibilidad de introducir estados de ánimo en a clase es una medida salutífera.

Si llevan ustedes a la clase su propia gravedad, que en su vida privada puede estar justificada, sería preferible que no fueran educadores. Es imprescindible llevar a los niños también a la periferia corporal de su experiencia. Si no puede hacerse de otra manera, inténtese al menos contar algo divertido al final de la clase. Si en la otra clase ha habido un esfuerzo llevado con tanta seriedad que vemos que se produce en ellos una especie de contracción de la piel del rostro por el esfuerzo cerebral, entonces conviene contar al final algo gracioso. Eso es algo sumamente necesario.

Ahora bien, existe la posibilidad de pecar contra esas cosas en todas direcciones. Así, por ejemplo, podemos pecar contra toda la constitución de salud del niño si lo ocupamos una hora con lo que normalmente llamamos gramática. Los niños necesitan simplemente ocuparse con la diferencia entre sujeto, objeto, atributo, indicativo, subjuntivo, etc., con todas las cosas que les interesan sólo a medias. Entonces cuando el niño ha de distinguir si un verbo está en indicativo o en subjuntivo, ponemos a los niños en situación de que empiece a hervirles todo el desayuno, no influenciado por el alma, y durante un tiempo estaremos cultivando para un futuro, que tal vez aparezca dentro de quince o veinte años, un verdadero trastorno gástrico en el niño, como enfermedades intestinales, etc. Con mucha frecuencia las enfermedades intestinales provienen de la clase de gramática. Eso es ya algo de la máxima importancia, Toda la disposición anímica que lleve el maestro a la escuela, por sutiles procesos bien complejos, acaba transfiriéndose a los niños.

Ahora bien, en este aspecto, en anteriores conversaciones que hemos tenido aquí, se han dicho muchas cosas en las más diversas ocasiones. Precisamente en esta dirección la vitalización interior de nuestra enseñanza Waldorf ha de mejorar en algunos aspectos. Si ahí tuviera que decir algo positivo recalcaría una y otra vez, que sería altamente deseable -y sé que los ideales no se realizan enseguida- altamente deseable que el maestro Waldorf diera sus clases sin un plan, que realmente estuviera tan preparado que pudiera dar su clase sin tener un borrador de ella, sin que le hiciera falta buscar refugio en algo que él mismo había anotado. Porque ese contacto interior necesario con sus alumnos se interrumpe inmediatamente cuando el maestro ha de consultar sus notas. No tendría que tenerlas. Aunque ya sé que eso es un ideal. No estoy diciéndoles esto como una amonestación, sino para llamarles la atención sobre algo que es de importancia capital. Todas estas cosas son también importantes desde el punto de vista salutífero; pues el estado de ánimo del maestro se prolonga en el estado de ánimo de los niños, y uno ha de llevar al aula una imagen clara de lo que quiere impartir. Entonces ve uno a niños que, por ciertos trastornos metabólicos se despistan fácilmente, están sentados en una clase en la que el maestro les enseña lo que tiene que enseñarles sacándolo del libro.

En tiempos antiguos de la evolución de la humanidad se concebía la enseñanza como un proceso de curación. Se consideraba el organismo

humano como algo que tendía siempre a caer en lo patológico. Y que con la enseñanza y la educación se conducía a un proceso sanador. Si nos impregnamos de la conciencia de que cada maestro en realidad es el médico de sus alumnos, eso ya es enormemente positivo.

Ahora bien, el maestro ha de entender el arte de superarse a sí mismo si quiere tener niños sanos en la escuela. En realidad habría que intentar no llevarse a sí mismo a la clase como persona privada, más bien habría de tener una imagen de aquello en lo que uno se convierte gracias al tema que ha de tratar en una u otra clase. Entonces uno se convierte en algo gracias a la materia a impartir. Y eso en lo que uno se convierte ejerce un efecto enormemente vitalizador sobre la clase entera. Si el maestro está indispuerto, tendría que sentir la capacidad de vencer esa indisposición hasta un determinado grado mediante lo que ha de enseñar, y entonces ejercerá un efecto de lo más favorable sobre los niños. Tendría que enseñar a partir del estado de ánimo que le llevara a decir: "para mí mismo enseñar es algo sanador. De ser un hombre malhumorado y gruñón me convierto en un hombre divertido cuando doy clases".

Pensemos en ese aspecto en una posible situación. Supongamos que entramos en el aula, y en ella está sentado un niño. Luego se va casa al salir del colegio. Y supongamos que por alguna causa -espero que no sea por la clase que han recibido, eso no sucede con los maestros Waldorf- al llegar a casa el niño necesita que sus padres le den un purgante. ¡Eso no será por la clase! Eso sucede en otras escuelas. Pero cuando ustedes entran en el aula con la disposición anímica que les dice: la enseñanza hace que de persona malhumorada me convierta en una persona divertida, ustedes no saben si precisamente gracias a eso están evitando que el niño deba tomar un purgante. Él puede digerir las cosas si ustedes están en el aula de la manera correcta. Y sobre todas las cosas, la constitución moral del maestro posee una enorme importancia para la salud.

Estas son los asuntos de los que quería hablarles hoy. Serán los que primero habrá que seguir trabajando.